

III.

Domingo 3 de Enero.

A las cuatro, al acabar mi servicio, todos los botes de á bordo han partido. Para ir hoy á tierra voy á fletar una de esas piraguas indias que han venido hasta nosotros para traer cocos á la tripulación.

Piragua larga, delgada, airosa, con forma de flecha «ligera», como llaman en marina á esos barcos inestables que un soplo arrastra ó vuelca, y ya llena de agua. Tendré que hacer tres millas de aquí allá con remeros, contra unas olitas rizadas que salpican, lo cual durará más de una hora. ¡ Tanto peor! Me embarco y me instalo. Es uno lo exactamente grueso para sentarse en aquel cascarón afilado.

Partimos con grandes gritos, y los rocíos nos ciegan. Pero al cabo de cien metros, los remeros parecen reflexionar, y se paran: me han aceptado

de buena gana como pasajero; pero, sin embargo, antes de ir más lejos, les agradecería saber cuánto pienso pagar.....

Cuando he prometido pagar una *rupia*, ó quizá más si los remos van de prisa, aquello se convierte en entusiasmo; abren un gran paraguas para quitarme el sol, me abanicán, hasta se esfuerzan por distraerme con sus cantares.

El indio que se ha encargado de cantármelas se agacha enfrente de mí, muy cerca, muy cerca, hasta el punto de impedir mis movimientos. Estamos los dos sentados en el agua, en el fondo mismo de la estrecha piragua, tocándonos con las rodillas. Nuestros ojos están más bajos que las pequeñas olas azules que se mueven alrededor: circulamos en medio de ellas, en su intimidad, si así puede decirse, viéndolas casi siempre por debajo, como si estuviésemos echados en el agua como los nadadores. Cualquiera diría que habían desleído añil; tan vivo tienen el color.

Las canciones del indio son largas y siempre las vuelve á empezar: los tripulantes al remar las acompañan. Me las canta acercándose todo lo que

puede; me las grita en mi cara, abriendo su boca cuanto le es posible, mostrando hasta el fondo su blanca dentadura: siento en mis carrillos su aliento, que tiene algo del olor almizclado de las serpientes. En ciertos parajes, aquello no es ya un cántico, es una especie de aullido por sacudidas que se repiten, durante el cual sus dientes chocan muy de prisa como si temblase. Entonces tiene un aspecto muy salvaje, y á pesar de su belleza, parece un mono muy grande.

En vez de entrar en el riachuelo, como de costumbre, atracaremos, á lo que parece, delante del pueblecillo de los pescadores, en las rompientes, en la gran playa. Dejo que hagan lo que quieran, pues hoy nada tengo que ver con las maniobras. Vamos muy de prisa, sacudidos por los grandes golpes de remo, columpiados por las olas azules, sintiendo el sol ardiente sobre nuestras cabezas.

—¡Las rompientes, la playa!

Mis indios se meten todos en el agua, lanzando grandes gritos; empujan su piragua hacia el coral; me tienden sus brazos para que me sirvan de escala, y salto á tierra, salpicándome un mar de espuma.

Las cinco y media de la tarde.—El sol, ya bajo sobre el mar, ilumina las palmeras por debajo; sobre todas sus largas tiras grises hay como un reflejo de incendio. La luz es siempre de oro; pero en aquel momento es de un oro rojo, más sorprendente que el oro de la mañana y que el oro del día. Tres personajes que surgen de debajo de los bosques me salen al encuentro para verme: dos viejos de barba blanca con cara noble, vestidos como los santos de nuestras iglesias, y una joven con el cuello desnudo, de una belleza extraordinaria lleva una cesta en la cabeza.

Al mirarlos cómo vienen del fondo de aquella decoración maravillosa, en aquella irradiación dorada, pienso en alguna escena del pasado prehistórico más lejano; así es como en mi imaginación me representaba yo en otro tiempo las primeras edades del mundo, donde todo era bello y tranquilo, en que los seres y las cosas resplandecían de un modo que hoy no conocemos.

Sin objeto alguno erraba yo á la hora del crepúsculo por las avenidas sombrías que conducen al Gobierno. Es un domingo por la noche, y en

aquel barrio casi europeo hay gente que se pasea con *ropa de día de fiesta*; indios é indias con trajes franceses; señores con gaban negro; señoras con sombrero de plumas y flores. Y esto recuerda bien el paseo después de vísperas en nuestros pueblecillos de Francia. Es curioso ver cómo en ciertos momentos todos los países llegan á parecerse, cómo se parecen las cosas en todas partes, y cómo la especie humana es una, y qué pequeña es la Tierra.....

Entre todos estos niños que salen de las casetas y siguen mis pasos como moscas, hay dos que consiento en tener á mi lado en calidad de *guías*, conmovido por sus instancias. Son dos hermanos de diez á doce años, y dicen en francés: «Mire usted, señor, somos huérfanos, somos muy pobres; tú nos darás lo que quieras y quedaremos contentos.» Hablan bien, aproximadamente, pronunciando despacio y con un acento extraño. Son muy agradables, y parecen, en efecto, muy pobres, no teniendo para vestirse más que unos paños hechos jirones. Nos convenimos; me seguirán en mis pasos, uno á la derecha y otro á la izquierda, hasta la hora de mi partida.

Llega la noche, siempre de prisa bajo todas aquellas palmeras. En la única calle y en los paseos que están cerca del Gobierno, se encienden faroles de petróleo, colocados en el extremo de unos palos de madera, lo cual completa el falso parecido que tiene Mahé con una ciudad francesa invadida por la vegetación exótica.

Hay una especie de inmensa avenida que no se ilumina, pero en la cual hay alguna mayor claridad, porque tiene de anchura cien metros por lo menos: es como una especie de calva recta en la selva de palmeras que lleva á la tierra inglesa. Precisamente, en medio de este camino gigantesco corre un pequeño sendero alomado para los transeuntes (el resto por los dos lados son arrozales inundados, llenos de agua). Y aquel día paséanse por aquella loma las gentes de Mahé, al aire libre; sin duda esto les sirve de reposo y distracción de aquella continua vida bajo el follaje. En aquella hora crepuscular los campos de arroz se parecen á nuestros campos de Francia antes de la cosecha; y como muchos de los paseantes están en traje europeo, aquel conjunto de cosas continúa

produciendo una impresión de domingo campesino, recordando los paseos de las tardes de Junio en nuestras aldeas francesas en medio de los trigos. También pasan las hermanas de la escuela, seguidas de una fila de indias que van de dos en dos correctamente: trigueños diablillos de amor, que se ven con mucho gusto. Cruzo muy de cerca á aquellas colegialas en el sendero en relieve que no permite separación: tienen pechitos ya formados y pequeños desarrollos ya indicados. Todas, una tras otra, alzan la vista hacia mí, mirándome con sus hermosos ojos, que son profundos abismos negros, como diciéndome:—Estamos tan formales y tan modestas con nuestras tocas blancas, por broma, por pura broma, pues esto no ha de durar; somos de la sangre de las bayaderas y de las apsaras, y contamos con tomar pronto el vuelo cuando transcurra algún tiempo, cuando seamos bastante grandes.—Han pasado sin desorden y sin ruido, volviendo á adquirir á alguna distancia su aspecto de novicias. ¡Extraño y menudo cortejo el que tienen aquellas hermanas y que les dará que hacer más tarde!

De cada lado de aquel espacio vacío en medio del cual nos paseamos, se extiende como una magnífica cortina sombría, el límite de los bosques de palmeras, donde ya no debe verse nada. Las cigarras cantan; el cielo presenta un matiz purpúreo completamente extraordinario, como si se quemasen luces de Bengala, y las estrellas que comienzan á brillar se parecen á pequeñas luces verdes sembradas en un fondo rojo.

Entablé relación ayer con dos amigos, y vuelvo para verlos: dos viejos indios que tienen una tienda de bananos y de especias á la orilla del bosque. ¿A quién venderán esto? Nadie pasa por delante de su casita aislada; entre ellos y el camino alto, por donde pasan algunas personas, está el arrozal. Llego allí con mis dos guías inseparables; me reconocen, y en seguida se ponen á escoger los mejores bananos para hacérmelos comer. Luego me instalan en una estera delante de la puerta y encienden la lámpara colgada, que es de cobre y de una forma antigua, con varias ramas formando estrellas.

Esta caseta tan pequeña, tan ínfima al pie de

los grandes árboles, está asentada sobre cinco ó seis hiladas de piedra, formando escaleras como un templo. Empieza ya á no verse nada. Los transeuntes comienzan á escasear por el paseo: ya no son más que formas indecisas, negras ó blancas. El cielo sigue rosado y rojo, con todas sus estrellas encendidas encima, y el límite de los bosques de palmeras se destaca sobre aquel resplandor de arriba en series de plumas negras. Las cigarras cantan por todas partes en los campos de arroz. Hace casi frío. Los mosquitos vienen á zumbear alrededor de la lámpara colgada, en la cual se añade de cuando en cuando un poco de aceite de coco con una cuchara de mango largo. No pára casi nadie; el lugar se pone muy solitario. En esto llegan unos niños para verme; no sé de dónde salen aquellos pequeñuelos; sin duda del bosque que está detrás de nosotros. Se sientan á mis pies sobre aquellos peldaños, levantando la cabeza para mirar. A cada instante llegan otros, que no hacen ruido con sus pies descalzos; corriendo muy ligeros, con algún paño blanco que flota al viento sobre sus miembros morenos, aparecen y se colocan

sin decir nada como grandes libelulas nocturnas, como grandes saltamontes que se ponen en el suelo. Ahora son unos veinte, agrupados debajo de mí. Las largas plumas negras de las palmeras siguen recortándose sobre el cielo de la noche, donde las tintas rojas acaban de morir; un vapor fresco se levanta del arrozal y se extiende sobre toda la avenida como un humo blanco que flotase al ras del suelo sobre las hierbas.

Cuchichean bajo entre sí los pequeños en indio, manifestándose sus impresiones acerca de mí. Y luego están preparando alguna cosa para sorprenderme, lo estoy viendo claramente, para pedirme luego algunos cuartos como recompensa: ¿qué será?

De pronto uno de ellos, de unos diez años, se levanta grave, tose un poco como el que va á pronunciar un monólogo, y comienza con gruesa voz de papagayo, ronca, cómica:

*La raison du plus fort est toujours la meilleure
Nous allons le prouver tout à l'heure....*

¡Oh, lo que es asombrarme, me asombran! Es tan sorprendente aquello para mí, que si no estu-

viese solo me hubiera reído como un loco. Pero cuando uno está solo no se ríe uno nunca más que para sí.

Y todos me observan para ver el efecto que me produce. Por lo visto no sabe más: se para de pronto como un mirlo que ha silbado el principio de una canción; en su escuela no han llegado más que hasta allí..... Y mis pequeños guías opinan que haría bien en darle una moneda de diez sueldos por lo menos por su trabajo y su saber.

Es extraño oír á todos aquellos niños hablar nuestra lengua y considéranse muy honrados en ser de nuestro país.

..... Me voy. Comienza á ponerse triste aquel lugar aislado y negro. Y por lo demás, vestido de lienzo y sentado en aquellas piedras, empiezo á sentir como frío.

Me despido de todos aquellos *francesitos* que formaban mi cortejo de buen grado, quedándome solo con mis dos guías. Para utilizarlos en algo, les pregunto si no habría pagoda que visitar en las cercanías, pues no he visto ninguna en ninguna parte.

Precisamente hay una allí cerca, á donde van á acompañarme en seguida, por más que sea de noche. Es una pagoda de la religión de ellos, una pagoda *Tiss* (porque no son ni cristianos ni musulmanes aquellos dos pequeños; no, son *Tiss*, y me repiten la palabra, muy sorprendidos de que parezca que yo no los entiendo).

Al principio seguimos la orilla del bosque, que nos domina como una alta muralla negra inclinada sobre nuestras cabezas; marchamos por la vertiente de una especie de talud donde nuestros pies se deslizan en la obscuridad, hundiéndose de cuando en cuando en el lodo líquido del arrozal. Y luego entramos en pleno oquedal, por algo que debe ser un sendero; y henos bajo la bóveda de las palmas, en la noche espesa, en la noche absoluta. Me llevan cada uno con una mano, como dos perrillos inteligentes y cariñosos conducirían á un ciego, y me abandono, yendo con el paso vacilante de una persona que llevase los ojos vendados. Me guían con precauciones infinitas y con una habilidad de Pielas-rojas, manteniéndome siempre en medio del sendero, mientras que sus pies se en-